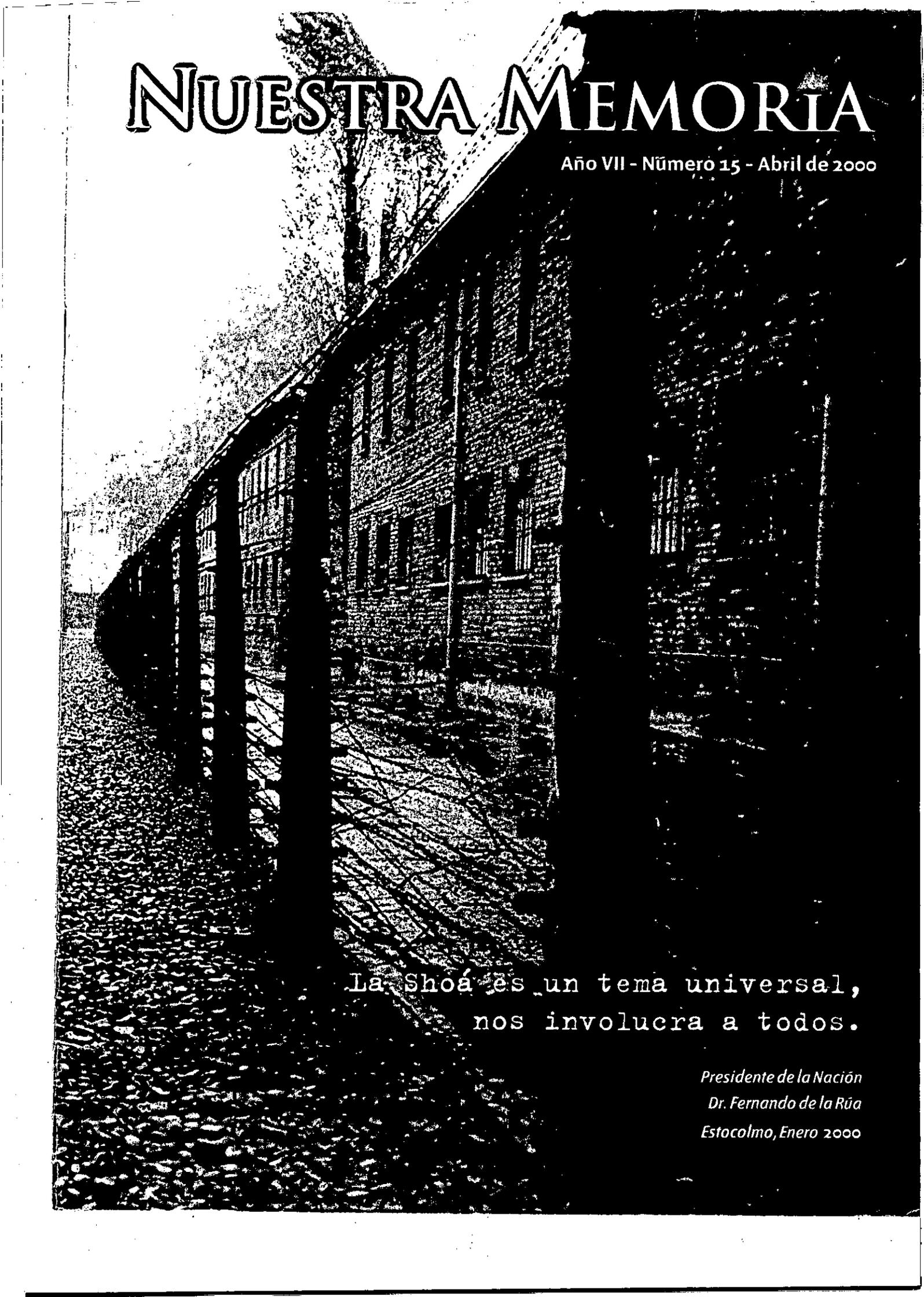


NUESTRA MEMORIA



Año VII - Número 15 - Abril de 2000

La Shoá es un tema universal,
nos involucra a todos.

*Presidente de la Nación
Dr. Fernando de la Rúa
Estocolmo, Enero 2000*

Viaje al interior de uno mismo



Corría 1948 cuando mis padres abandonaron su Polonia natal y llegaron a la Argentina.

Intentaban dejar atrás el horror de la guerra, los guettos, los campos de concentración, el recuerdo de sus familias asesinadas ante sus ojos, los proyectos truncos, la ilusión de seguir estudiando, las esperanzas perdidas...

Junto con la imagen del Holocausto todavía fresca en sus retinas, dejaban mucho más: sus infancias en Lwow y en Kraców, los veranos en la casa de los abuelos en Sokal, el Gimnasium, el Jeder, los paseos por la nieve en trineo, los patines de hielo, la juventud, los amigos, las competencias deportivas en Macabi. Mi mamá dejaba además un hermano comunista que era el único integrante de su familia que había sobrevivido el Holocausto y que no estaba dispuesto a abandonar Polonia: era comunista y creía en la Revolución.

Llegaron a Buenos Aires. Traían poco: tal vez sólo el afán de encontrar paz y trabajo y de formar una familia, pero al mismo tiempo un peso del que no se librarían nunca: la culpa de haber sobrevivido.

Acá construyeron la familia que habían proyectado; y haciendo frente al desarraigo, con las raíces repartidas, con las imágenes terribles aún en la memoria, con las cartas al hermano y hablando en polaco, transcurrieron cuarenta años. Siempre surgía, así, de repente, sin es-

perarla, la referencia al campo de concentración, a la guerra, a los seres perdidos, pero al mismo tiempo, a su tierra, a sus olores y colores, a sus costumbres, a sus comidas. Pronto supe que no cabe vivir si no se "revive", que la existencia no tiene sentido si no se sabe por qué se existe, y que las raíces nos acompañan en todos los caminos que desandamos.

Mis padres pasaron el resto de sus días en Argentina: aprendieron a hablar el castellano y a amar a esta tierra en la que habían podido comenzar de nuevo. Con su muerte se llevaron una parte de mi historia: la otra, había quedado del otro lado del Continente.

A punto de cumplir 42 años sentí que tenía una deuda con ellos y conmigo misma: conocer al tío y a los primos hermanos de Polonia.

Partí rumbo a Varsovia el 29 de septiembre de 1999. En el aeropuerto abracé por primera vez a mi tío Leon y a mi primo Marek. A partir de allí comenzó un breve y duro, pero emotivo y enriquecedor viaje por el pasado.

Estuve tres días en Varsovia. Fui al lugar donde estaba el guetto, lloré frente al monumento que evoca a sus caídos, caminé por las calles que alguna vez fueron parte del barrio judío. Me estremecía pensar que respiraba el mismo aire y que transitaba bajo el mismo cielo que nuestros hermanos que habitaron el guetto.

En la calle Miła 18, donde en la guerra

funcionaron los cuarteles de la Resistencia, comprobé con dolor que se levantaba un moderno edificio y que ni una placa recordaba la gesta de los partisanos.

Entré a una sinagoga, en la que un grupo de judíos estaba celebrando un servicio, y cumplí con la mitzvá de ayudar a los necesitados. En la puerta, un judío ortodoxo me dio la bendición de los kohanim.

Visité el Instituto de Historia Judía, y conversé con el viejo bibliotecario, otro judío comunista que no había querido emigrar. Me conmovió enterarme del interés por nuestra historia que existe en Polonia. ¡Qué paradoja, en el mismo ámbito geográfico en el que tradicionalmente fuimos perseguidos! En el Instituto se presentaba la exposición "El poder de la persuasión", una muestra de posters judíos de la Polonia de la preguerra, que daba cuenta de la vida política y cultural de los judíos polacos de ese período.

Llegué a Kraców, la ciudad de mi papá, una mañana lluviosa. Me bajé en la estación de trenes. Otra vez el estremecimiento y el dolor: de esa misma estación, se llevaban a los judíos a los campos de exterminio.

Me alojé en el hotel Ariel, en la Ułtza Szeroka, ubicada en "Kasimierz", el antiguo barrio judío. Me llamaron la atención las letras al estilo hebreo en la puerta, anunciando los platos típicos judíos que se ofrecían en el restaurant. Era evidente que el hotel había sido una casa de departamentos en la que habían vivido familias judías. Las habitaciones estaban amuebladas con los mismos muebles de la época de la guerra; los mismos detalles: las paredes adornadas con cuadros que representaban escenas de la vida judía, las

luces tenues, las colchas de raso, los roperos con patas.

Las habitaciones no estaban listas, pero me permitieron entrar a una de ellas para dejar los bolsos: al entrar y ver las toallas tiradas en el piso, probablemente dejadas allí por los pasajeros que hacía unos minutos habían dejado el hotel, me pareció sentir que los antiguos moradores de esa casa, hacía sólo unos instantes habían tenido que abandonar la apresuradamente.



Sinagoga en Varsovia

Desde las ventanas del hotel, Kasimierz se presentaba ante mis ojos tal como debía haber sido en los '40: los negocios con las letras en hebreo, las rejas con Maguen David. Frente al hotel estaba la "Stara Synagoga", la más antigua de Polonia, construída en el siglo XV y a la que no pude entrar porque estaba siendo refaccionada. Unos metros más allá,

la sinagoga de "Remuh", del siglo XVI, en la que se estaba llevando a cabo un servicio religioso y al lado, el cementerio judío: ¡qué sensación pensar que tal vez en esas tumbas estaban mis antepasados, aquéllos a los que no había alcanzado el Holocausto y que por lo menos tuvieron el "sjut" de ser enterrados según el rito judío!

En Kraków comí los entrañables platos típicos judíos, en un restaurant ambientado al estilo de las casas de familia judías, y frente a una orquesta que tocaba música "klezmer". Visité el Centro para la Cultura Judía y me emocioné al encontrarme con la muestra plástica de Eugenia Bekeris, organizada por la Fundación Memoria del Holocausto. ¿Te acordás Eugenia, cuando íbamos a las primeras reuniones del grupo de Segunda Generación, los lunes a la noche?

Los días en Polonia transcurrieron muy rápido: el cariño de mi tío y de mis primos me hizo sentir que mis padres estaban otra vez al lado mío, como si nunca se hubieran ido.

A pesar del dolor y del rencor ante lo inexplicable, de lo duro que fue enfrentarse a los fantasmas y a los recuerdos, después de este viaje pude entender mejor a mis padres, sus pensamientos y comportamientos, sus palabras y sus silencios, sus lágrimas y sus alegrías.

Pero por sobre todas las cosas, cumplí con una deuda que tenía con ellos y en definitiva, conmigo misma: rescatar su historia, rastrear sus huellas, conectarme con su mundo.

Necesité perderlos y tener 42 años para decidirme a montarme sobre sus pasos, pero por fin siento que ahora ellos pueden descansar en paz y que se unieron en mí, mi pasado, mi presente y mi futuro. ■